

El contenido de una ética escolar

E.
MIRET
MAGDA
LENA

EN la escuela pública, tal como en el futuro deberá estructurarse, habrá una enseñanza ética básica, ese código de ética civil cuyo contenido venía expresado en un documento católico, tan inteligente y abierto como olvidado: la Carta del cardenal Roy al Papa Pablo VI con motivo del X aniversario de la encíclica de Juan XXIII titulada "Paz en la Tierra".

El primer concepto de esta ética ha de ser "reemplazar la guerra por la dinámica de la paz". No sólo a nivel guerrero, sino también en el campo de la economía, "contrarrestando las agresiones y opresiones" que lo mismo vienen de "las infraestructuras abrumadoras" como de los grandes "poderes financieros, industriales y comerciales que emprenden una carrera por conseguir el monopolio y el dominio sobre tierras, mar y espacio".

En segundo lugar debe defender una "autoridad democrática", cuyo primer cometido ha de ser el testimonio personal. Como habla enseñado uno de los mejores gobernantes de la Historia humana, Confucio, "a los hombres no se les gobierna principalmente por leyes, sino por ejemplos".

Tratar a todo ser humano —sea el que sea— "siempre como un fin, y nunca como un medio", como habla dicho Kant, el inteligente precursor de una sociedad en la que se consiguiera "la paz perpetua".

Y difundir además la conciencia de la necesidad de defender aquellos nuevos derechos que harán superar los vicios de nuestra civilización: 1) "el derecho a la visión propia del mundo"; 2) "el derecho al respeto de la imagen personal"; y 3) el "derecho a la intimidad", tanto en el tratamiento de los medios de comunicación social como en el planteamiento del urbanismo y de la independencia de los espacios de vivienda.

También la preferencia por "ser más, y no por tener más", pasando de este modo de la "libertad como no dominación" hasta llegar a conseguir "la libertad como ser más". Esto creará un nuevo tipo de hombre auténticamente revolucionario, porque emprenderá una lucha decidida contra esta engullente sociedad de consumo, y buscará un "plan de austeridad" para nuestras motivaciones, como propugna hoy el líder comunista italiano Berlinguer, y ayer lo propugnaban los cristianos.

Una educación en el realismo, porque de la realidad profundamente conocida saldrá el descubrimiento de la dinámica constructiva de un mundo nuevo. En él veremos los "signos de los tiempos" que recordaba el profeta humano y realista que fue el Papa Juan XXIII. Signos de cambio que piden emprender al mismo

tiempo la transformación de estructuras y de mentalidad, la reforma social y la reforma individual.

Con este realismo dinámico conseguiremos acostumbrarnos a una actitud positiva que eliminará las múltiples frustraciones de nuestra sociedad del consumo por el consumo, que es la que engendra las violencias. Porque "las frustraciones son origen de explosiones sociales", frustraciones producidas por la "desigualdad en el acceso a la instrucción, falta de participación —sea de derecho o de hecho— en el poder económico y político; necesidad de consideración personal y de identidad consigo mismo; de ser conocido y reconocido cada individuo por la sociedad de hoy, que le masifica y olvida; sed de calor humano, de amor y de solaz".

Entre los hombres necesitamos fomentar la comunicación que ahora falta y nos convierte en una "muchedumbre solitaria", consiguiéndola mediante "el diálogo, la ayuda mutua y la búsqueda perseverante de convergencias y no de divergencias". Es mayor el poder de la fuerza constructiva del ser humano que el de las fuerzas de la agresividad puramente negativa, como el antropólogo Ashley Montagu descubrió cincuenta años después del revolucionario príncipe Pedro Kropotkin; porque la evolución humana positiva se ha producido solamente cuando el mecanismo que ha predominado ha sido el "del apoyo mutuo", y no el de la violencia enfrentada y de la lucha despiadada por la hegemonía de unos contra los otros. La "lucha por la vida", como mecanismo preconizado por Charles Darwin para explicar el motor de la evolución, ha sido mal entendido cuando se aplicó al mundo animal y humano. "La lucha —dice Ashley Montagu— debe interpretarse no como una pelea de los animales entre sí por la existencia, sino como el combate de las criaturas vivientes contra su medio ambiente con vistas a la supervivencia". Es reconfortante saber que la ciencia descubre que "no hay rastros de evidencias en el sentido de que el hombre nazca con impulsos hostiles o malignos". Es —como muy bien observó Rousseau— la educación social la que produce esta reacción, y la dureza frustrante de nuestra sociedad, como hoy reconocen muchos buceadores de la psicología profunda.

Hay que defender el derecho a tener un ideal, como ha descubierto el psicólogo Allport: sin él no podemos vivir. La actitud aséptica de los hombres maduros de hoy y la despectiva de los jóvenes "pasotas" es el camino que conduce a un suicidio del hombre en cuanto hombre.

Los hombres necesitan también apren-

der a amar, pero para eso es necesario que, en todas las relaciones desde su niñez y juventud, vean amor, porque "para tener éxito en el orden social es preciso haber aprendido a amar". Y esto no se aprende sino "por haber sido amado". El amor predicado por Jesús no es algo puramente utópico, en el sentido idealista y ficticio de la palabra, sino algo muy real, incrustado en la biología humana y en las entrañas de la psicología del hombre. No es un sentimentalismo vacío o limosnero, sino el motor de la lucha social por un mundo mejor, cuando se entiende del modo fuerte, radical y pacíficamente revolucionario como lo entendió el fundador del cristianismo. Todos necesitamos ser educados en la escuela y en la sociedad en este valor del amor, que es tan imprescindible para la vida social como para la vida física.

El estudio que el doctor Chapin hizo en 1915 en diez ciudades de los Estados Unidos lo demuestra palmariamente. Observó que en todas las instituciones hospitalarias que habían ingresado niños de menos de dos años, al cabo de un tiempo habían muerto todos o casi todos. Y el doctor Southworth lo corroboró, lo mismo que el doctor Hamill en Filadelfia y el doctor Knox en Baltimore. Los niños morían por una causa extraña: los cuidados físicos no bastaban; esas incipientes vidas necesitaban algo más que la higiene física: el cuidado del amor, de la acogida afectiva, del calor humano.

Este fenómeno del "hospitalismo" demuestra que la necesidad de amor maduro, profundo y estimulador es algo más que un precepto bonachón del cristianismo. Es una necesidad de la Humanidad desde la infancia.

Enseñemos, pues, una ética civil en la escuela pública como ésta, y enseñémosla con un clima de libertad, de justicia y de cooperación, pues es más educador el ambiente que los sermones, como demostró el psicólogo Piaget a través de toda su obra, y ha corroborado el psicólogo Symonds acerca de las prisiones, donde el nivel moral no se obtiene con nuevas instituciones, sino con un nuevo clima ambiental.

Una educación así es la que necesitamos. ■